
PODER – MACHT

Ver: *Poder de lo real / Poder – potencia – facultad / Poderosidad / Más*

«El poder no es una mera funcionalidad. Si así fuera, no sería sino un problema de causalidad y, por consiguiente, de fuerza más o menos dinámicamente expresable. Sin embargo, es otra cosa. No es *Kraft*, como diría un alemán, es *Macht*, poder. Yo no soy *mächtig* para mover un peso de determinada masa.

Lo cual indica que las cosas no están conectadas entre sí solo por el hecho de que, formalmente y en virtud de su esencia constitutiva, sean intrínsecamente respectivas y, por consiguiente, actuales en un mundo; tampoco están conectadas solo porque funcionalmente lo estén en el mundo, sino que además están conectadas de una manera distinta. Hay, en efecto, unas que pueden más que otras.

Esta estructura de poder unas más que otras, es lo que constitutivamente debe llamarse *rango*. Las cosas son de distinto rango. Y precisamente porque son de distinto rango, la diversidad de rango de las cosas en el universo, en el mundo, es lo que constituye el poder. [...]

Ahora bien, el carácter formal del rango en tanto que rango –rangos distintos, sobre todo– es justamente *la dominación* y el carácter de lo real en tanto que dominante es lo que temáticamente y metafísicamente llamo *el poder*. La causalidad es la funcionalidad de lo real en tanto que real. El poder es la dominancia de lo real en tanto que real.

Sin embargo, el poder no es sin más una causalidad ni eficiente ni final.»

[Zubiri, Xavier: *Sobre la realidad*. Madrid: Alianza Editorial, 2001, p.180-181]



«La realidad no es una especie de piélago en que estuvieran sumergidas las cosas reales. Eso sería absurdo. No hay realidad fuera de las cosas reales. Pero en estas cosas reales su momento de realidad es “más” que su momento de talidad.

Este verde real no es solamente verde (talidad) sino que es teal. Y por eso ser real es más de lo que es ser meramente verde. El hecho mismo de que esa talidad lleve consigo una forma de realidad (realidad verídea), expresa innegablemente que ser real es más que ser meramente verde.

Y precisamente por ello, aquel momento de realidad aun siendo "más" que el verde, sin embargo, está en el verde mismo. Realidad es "más" que las cosas reales, pero es "más" en ellas mismas. Y justo esto es dominar: ser "más" pero en la cosa misma; la realidad como realidad es dominante en esta cosa, en cada cosa real.

No se trata de que ser dominante consista en ser más importante que ser verde, sino de que el momento de realidad determina físicamente, pero sin ser causa, que el verde sea una forma de realidad.

Pues bien, este dominio es lo que de llamarse *poder*. Dominar es ser "más", es tener poder. Aquí, poder no significa ser una causa. El poder es lo que, en alemán, por ejemplo, se llama *Macht*.

Es el poder en el sentido, por ejemplo, de tener poder en una empresa, o de tener poder político, etc. Es un concepto propio que merecería tener un lugar en la filosofía. El momento de realidad domina sobre la talidad, tiene poder. Por esto es "más" que la talidad. Y este "más" es justo un aspecto de la respectividad constitutiva de la realidad en cuanto realidad.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre y Dios*. Madrid: Alianza Editorial, 1984, p. 87]



«Si la causalidad es la funcionalidad de lo real en tanto que real, el poder es la dominación de lo real en tanto que real.

Esta idea del poder, de la *Macht*, es cosa completamente distinta de la *dýnamis* griega y de la *Kraft*, de la fuerza de las cosas. El poder es algo que está inscrito precisamente en la estructura misma del mundo.

Así nació efectivamente la Filosofía.

Recuerdo aquí el fragmento de Anaximandro (D.-K. 12 B 1, 1-2) donde dice que el *ápeiron*, lo indefinido, es la *arché*, el principio del mundo, del cual todas las cosas salen, y al cual volverán todas después de cierto tiempo, pagando justicia al hecho de haber salido de este *ápeiron*. Ahora bien, ahí aparece el *arché* en tres funciones distintas.

Primero siendo el *comienzo* del mundo. Es la función *arcaica*. En este sentido, como arcaico, lo pasado, lo pasado del mundo que va desapareciendo o que por lo menos no se identifica con ninguna de las cosas que existen en el Universo, sin duda tiene ciertamente un predominio sobre lo real, ya constituido.

Pero en *segundo lugar* ese *ápeiron*, ese indefinido, es el principio, *arché*, como diría Aristóteles, intrínseco precisamente a cada una de las realidades, las cuales, cada una de ellas, está constituida formalmente por ese *arché* que llevan en su seno, y del cual intrínsecamente emergen, y llegan a estar constituidas tal como son. Ahí el *arché* no es arcaico, sino que es *árquico*: tiene un carácter de principio interno y constitutivo.

Pero no hay solamente eso, sino que – si mi referencia ha sido exacta; acaso las palabras no concuerdan del todo, pero la idea sí – volverán las cosas después de un cierto tiempo a pagar justicia, *díke*, y más que justicia habría que decir “justeza”.

Es mala traducción justicia porque la justicia evoca siempre una cualidad moral y no se trata de eso, se trata justamente del ajustamiento, de la justeza, ese concepto que reaparecerá más tarde en Heráclito con el nombre de *harmonía*. *Harmonía* en Heráclito no significa una armonización, sino justamente el ensamblaje de unas piezas de carpintería.

Por esto podría decir Heráclito *armonía aphanés phanerés kréiton*: que el ensamblaje que no se ve es más fuerte que aquél que se ve.

Pues bien, en este sentido la justeza, el ajustamiento, hace que reviertan las cosas a su principio, al principio de donde salieron. Y en este sentido el *arché* tiene un carácter que no es arcaico y ni árcuico, sino un carácter rigurosamente *arcóntico*. Es el supremo arconte del Universo.

La unidad intrínseca de estas tres dimensiones es lo que constituye *el Poder*. Y ese Poder del *arché* es justamente aquello que da lugar, según Anaximandro, a las vicisitudes del Universo, y con cuya enunciación nació la Filosofía en el mundo.

El dinamismo tomado sintéticamente en los dos aspectos de causalidad y de poder, es el poderío causal de la realidad en tanto que realidad.»

[Xavier Zubiri: *Estructura dinámica de la realidad*. Madrid: Alianza Editorial, 1995, p. 320-321]



«Si se quiere volver al orto de la filosofía europea, a Anaximandro, basta leer el párrafo que Simplicio nos transcribe (DK, 12 A 9, 4-8, vol. I, p. 83) – el único fragmento conocido de Anaximandro –, en el cual se nos dice que el principio de las cosas, el *ἀρχή* [arkhé], es el *ἄπειρον* [ápeiron] – tradúzcase por lo indeterminado, lo infinito, es igual, puesto que no es un problema de traducción – (*ἀρχήν τε καὶ στοιχεῖον εἶρηκε τῶν ὄντων τὸ ἄπειρον*), que constituye la génesis para aquellas cosas que son (*ἐξ ὧν δὲ ἡ γένεσις ἐστὶ τοῖς οὖσι*) y su corrupción, volviendo al *ἄπειρον*, según su interna necesidad (*καὶ τὴν φθορὰν εἰς ταῦτα γίνεσθαι “κατὰ τὸ χρεῶν”*), pues se pagan la culpa y la reparación de la injusticia según la disposición del tiempo (*“διδόναι γὰρ αὐτὰ δίκην καὶ τίσιν ἀλλήλοις τῆς ἀδικίας κατὰ τὴν τοῦ χρόνου τάξιν”*).

Ahora hablaremos de qué es esto de la justicia, aunque en este caso digamos mejor la justeza. Aquí el *ἀρχή* representa a una tres dimensiones distintas: Una, que es el comienzo de todas las cosas en el tiempo. Justamente *ἀρχή* es lo arcaico. El *ἄπειρον* es lo arcaico de la realidad.

Pero puede significar el carácter árcuico, el principio mismo de donde están emergiendo ahora las cosas que están sostenidas en la realidad, algo

ἐνυπάρχον, que decía Aristóteles, un principio intrínseco. Puede significar, finalmente, algo distinto, aquello a lo que vuelven en virtud de la justicia, lo que significa que el ἄπειρον tiene un carácter arcóntico.

En esta triple dimensión, arcaica, árquica y arcóntica, expresa Anaximandro lo que es el ἄπειρον y ha constituido con ello el orto de la historia de la filosofía en el mundo o, por lo menos, de la filosofía occidental. [...]

La idea del poder no es primitiva, ni es primitivista. Tan no lo es que, aunque los historiadores de las religiones indias digan siempre que esa distinción ha sido superada, no lo ha sido, según yo la entiendo. Porque, entre el dios de la Luna, el dios en la Luna y el dios Luna, ¿qué es lo que adora el brahman?

Es probable que ninguna de las tres cosas distintamente sino indiscernidamente todas juntas; es decir, ahí hay una idea del poder que más o menos inside y reside en la Luna, pero que en manera alguna se identifica con la realidad física de la Luna.

El primitivismo estaría no en apelar a la idea del poder, sino en apelar a algo distinto, que es una determinada concepción de lo que es el poder.

Esta idea del poder hubiera sido conveniente traerla a colación inclusiva para interpretar esa idea de la justicia que aparece en el primer fragmento de Anaximandro.

La misma idea que aparece en los textos védicos: la idea del *Rita* se ha traducido por justicia y, sin embargo, no es estrictamente justicia; porque la justicia apela o, mejor dicho, evoca un concepto moral, más o menos elemental o brutal, mientras que parece que está alejado de la realidad natural y física.

La verdad es la contraria. Es la idea de una especie de justicia natural que envuelve la dimensión moral. Por esto yo creo que mejor que de justicia habría de hablarse de justeza. La justeza con que está acoplada la realidad dinámicamente y que envuelve un aspecto físico y material, pero que envuelve también el momento de la virtud moral de la justicia.

Porque la justicia para ellos es la justeza de las acciones morales y no simplemente el sometimiento a una norma extrínseca.

La idea de la *moira* en el mundo griego, del destino, la *anánke*, por ejemplo, en los estoicos, qué duda cabe que son expresiones de la idea del poder. En los brahmanes, cuando se habla de la divinidad de la sílaba Om, uno no cae en la cuenta de que se trata del poder sacrificial que está envuelto en esa sílaba.

No se trata de la sílaba en cuanto tal ni del fonema Om, sino que se trata del poder, que es algo distinto. Y ni que decir tiene que, por ejemplo, en el cristianismo la idea de la majestad de Dios es una idea del poder. De esto no hay duda alguna.

Ahora bien, hoy se ha perdido esta idea del poder. Y aquí el error es doble. En primer lugar, porque se ha perdido la idea de la dominación en la funcionalidad causal.

En segundo lugar, porque, al nivelar todas las cosas y colocarlas en el mismo rango – cosa que no tiene nada que ver con el hecho de suprimir la existencia de ese rango –, se ha cometido un olvido mucho más grande, pues se ha olvidado que la realidad en cuanto tal puede ser dominante respecto de quien sea capaz de aprehenderla.»

[Zubiri, Xavier: *Sobre la realidad*. Madrid: Alianza Editorial, 2001, p. 182-183 y 184-185]



«Pero hay todavía otra línea de apertura transcendental. Es que la formalidad de realidad es en sí misma un momento que tiene primacía sobre el contenido de cada cosa real. Este momento de realidad es, por ejemplo, un momento reificante; es además un momento suificante, un momento según el cual lo que es “de suyo” es formalmente “suyo” y hace “suyo” todo cuanto adviene a la cosa; es suidad. Esta primacía tiene un nombre muy preciso: es el *poder*.

La filosofía ha ido borrando de su ámbito la idea de poder. Sólo vuelve a apuntar en Hegel, pero a propósito tan sólo de la filosofía del espíritu objetivo. El “poder”, a mi modo de ver, no es “fuerza”: es mera dominancia.

Pues bien, poder metafísico es la dominancia de lo real en tanto que real. Lo real por ser real tiene un poder propio: el poder de lo real. Es la dominancia del momento de realidad sobre todo su contenido.

Las cosas reales no consisten tan sólo en la intrínseca necesidad de la estructura de su contenido y de la fuerza con que este contenido se nos impone según su formalidad; consisten también en vehicular transcendentalmente el poder mismo de lo real, **la dominancia de la formalidad sobre el contenido**.

Fuerza y poder son así dos dimensiones distintas de la impresión de realidad en su carácter de respectividad, de apertura transcendental.

Aquí, pues, no se trata de un concepto mítico. Lo propio del mito no es el “poder”, sino esa conceptualización determinada del poder que pudiéramos llamar mejor “poderosidad”.

El mito consiste en conceptualizar el poder de lo real como poderosidad: el mito consiste en conceptualizar la realidad de las cosas como sede de poderosidades. Esta idea se elabora a su vez según distintas interpretaciones. Una de ellas, consiste en interpretar la poderosidad como animidad: es el animismo.

El animismo no es la conceptualización de las cosas como poder ni tan siquiera como poderosidad, sino que justamente al revés, es la poderosidad lo que hace posible el animismo. [...] El poder nada tiene que ver con la

poderosidad ni con la animación. Poder es un momento transcendental de lo real como real. Se funda en la realidad, en el "de suyo". De lo contrario, caeríamos en un inconcebible mitismo. Pero tampoco es un mero aditamento a la realidad sino un momento transcendentalmente constitutivo de ella.

Fuerza de la realidad y poder de lo real son los dos puntos de la impresión transcendental de realidad en los que se ha apoyado toda una gama de distintas conceptualizaciones ulteriores. [...] Estos tres momentos, "de suyo", fuerza, poder, competen a toda impresión de realidad y, por tanto, a *toda* concepción de realidad en cualquier nivel histórico en que se encuentre. [...]

Dentro de la realidad no se trata de unas preponderancias que unos momentos puedan tener sobre otros, sino de inscribirlos congéneramente en el "de suyo". ¿No es justamente lo que en el exordio de la filosofía expresó la célebre *arkhé* de Anaximandro?

La impresión de la formalidad de realidad es la impresión del "de suyo" transcendentalmente abierto como fuerza y como poder.»

[Zubiri, Xavier: *Inteligencia sentiente / Inteligencia y realidad*. Madrid: Alianza Editorial, 1980 / 1991, p. 198-200]

[Impressum](#) | [Datenschutzerklärung und Cookies](#)

Copyright © [Hispanoteca](#) - Alle Rechte vorbehalten